

De corrido por la Revolución

Selección, adaptación, prólogo, notas, cronología
y glosario: **José Luis Trueba Lara**

loqueleo®

[Prólogo]

Aunque están bien muertos, los grandes personajes de la historia siempre me meten en problemas. Éste, tal vez, es un fenómeno que debería discutir con los mejores especialistas en el más allá. Por desgracia, nunca he tenido el valor para hacerlo: la vergüenza siempre me detiene cuando estoy a punto de acercarme a ellos. Razones no me faltan, la posibilidad de embarrarme con ectoplasma me da mucho asco, por eso prefiero volver a mi casa con la cabeza llena de dudas. Así pues, a pesar de que nunca he discutido este importantísimo asunto con cazadores de fantasmas, médiums o gitanas, todo parece indicar que estos espíritus no saben —ni pueden— quedarse quietos. Efectivamente, estoy convencido de que, a la menor provocación, los personajes históricos se rebelan en contra de la paz de sus sepulcros con tal de seguirle dando vuelo a la hilacha, y conservan una de sus peores costumbres: darles lata a los vivos. Por esta causa, cada vez que me topo con alguno de sus retratos más famosos —da igual si se trata de una pintura o una foto— me da la impresión de que no eran así como se les plasmó. Mientras más los veo, más me convengo de que esos rostros y esos cuerpos no eran los suyos. Alguien los está suplantando.

Para que no pienses que estoy completamente descha-
vetado y que tengo que ser internado en un manicomio con
cierta urgencia, te pongo un ejemplo que explica lo que en
apariencia podría parecer un claro síntoma de locura: si tú y
yo nos acordamos de Benito Juárez, siempre lo vemos serio,
vestido con su traje negro y como con la intención de estar a
punto de decir una frase célebre que terminará escrita con
letras doradas en algún lugar de cierta importancia. Lo más
extraño de este asunto es que ocurre lo mismo con las pa-
labras del héroe, aunque sean una obviedad y estén marca-
das por la manifestación más chabacana del sentido común,
justo como sucede con la famosísima frase "el respeto al de-
recho ajeno es la paz". Perdón que lo diga abiertamente: eso
lo sabe cualquiera que tenga más de dos dedos de frente.
Todo parece indicar que, cuando estos personajes se portan
como héroes y nosotros los imaginamos como tales, pueden
decir cualquier cosa y todos les aplaudimos a lo largo de los
siglos. En cambio, cuando tú y yo salimos con una batea de
babas, la gente se nos queda viendo con cara de lástima. Ni
modo, así es la vida y el mundo nunca es parejo.

Por si esto no bastara, cada vez que imaginamos a don
Benito, parecería que él ya sabía que iba a pasar a la pri-
mera división de la historia y que, a como diera lugar, te-
nía que cuidar su imagen para no quedar mal parado en el
futuro. A estas alturas, ya no nos queda más remedio que
reconocer que —si ésas eran sus intenciones— tuvo un éxi-
to arrollador: ni tú ni yo podemos imaginarlo en una pul-
quería y tampoco podemos pensarlo rodeado de sus cuates,
fumando, tomándose un cafecín o echándose un vasito de
aguardiente. Él, como todos los héroes de mármol, no tenía
tiempo para estas tonterías y sólo se la pasaba pensando en

la patria. Es más, ni siquiera podemos imaginar al Benemérito enterándose de los chismes del momento. Don Benito es puro bronce.

Hasta aquí estamos de acuerdo: todo parece indicar que Juárez era seriecísimo, que su rostro era bastante menos expresivo que el de una esfinge y que siempre se la pasaba con pose de héroe. Además, existen algunas preguntas que sus retratos, sus actitudes y sus frases célebres no pueden contestarnos: ¿a don Benito le gustaban las bromas o nada más se la pasaba pensando en la ley que publicaría al día siguiente?, ¿se reía de los chistes y las cosas graciosas que pasaban a su alrededor o sólo estaba preocupado por darles en la maceta a los conservadores, a la Iglesia y a los soldados del emperador Maximiliano?, ¿sus amigos y familiares tenían que hacer cara de palo cuando estaban con él para no desentonar con su apariencia de héroe seriecísimo a un pelín de pasar a la historia?

No sé por qué, pero se me hace que don Benito era un ser humano que se reía y que, tal vez, tenía un agudo sentido del humor; es más, estoy seguro de que era un padre amoroso y entregado —hasta donde las circunstancias se lo permitían— y que era un católico que no dudaba en mandarle bendiciones a su familia en cada una de sus cartas. Así pues, a ti y a mí no nos queda de otra más que pensar que en los retratos de Juárez no sale don Benito, sino un personaje que poco se parecía al ser humano. Tienes razón: el héroe suplantó a la persona.

Los retratos de otros suplantadores

Cuando tú y yo nos asomamos a la Revolución nos pasa algo parecido a lo que nos sucede con don Benito: los retratos de sus grandes protagonistas terminaron por convertirse en unas cuantas señas de identidad que parecen aclararlo todo. Su cara y su cuerpo son el resumen de su historia y su destino. Si lo dudas, ahí te van unos botones para que la muestra quede sobradita: el chaparrito con piochita que sale en las fotos es Francisco I. Madero, un hombre que parece requete bueno y que, a la hora de la hora, resultó bastante ingenuo e incapaz de enfrentar las chicanadas de la política. Cualquiera que vea sus retratos de héroe inmaculado, luego luego piensa que le faltaban colmillo y malas mañas para meter a todos en cintura. Tal vez por eso, al final, todo le salió mal y terminó asesinado cerca de la penitenciaría de Lecumberri. Tan fuerte es esta imagen que tenemos de él, que ni siquiera recordamos que fue capaz de derrotar a la mayoría de sus enemigos, y tampoco nos viene a la cabeza el hecho de que muchos criticaron su gobierno y lo caricaturizaron con dibujos hirientes.

Pero don Panchito no es el único que terminó siendo suplantado por una imagen: ese otro, el que tiene cara de gandalla y lentes de "vidrio oscuro grifo seguro", es el mismísimo general Victoriano Huerta, quien obviamente era un malvado de tiempo completo que andaba trabajando horas extra. Si alguien duda de lo malo que era nomás tiene que recordar los apodos con los que pasó a la historia: "el Traidor de Huerta", "el Chacal", "el Borracho asesino". En cambio, el gordito simpaticón que siempre anda vestido de color caqui es Pancho Villa, quien parece estar a punto



de jalarle la rienda a su caballo para levantar una polvareda de miedo o, ya de perdida, parece tener hartas ganas de contar un chiste o decir una frase de doble sentido (algo así como "ayer tomamos Agua Prieta y hoy evacuamos Piedras Negras"). Por su parte, el moreno bigotudo con cara de serio es Zapata, a quien nunca le faltaban sus cananas terciadas y siempre le sobran ganas de decir: "Tierra y libertad"; y ese

Imagen: caricatura antimaderista publicada en 1911. Fuente: colección particular de José Luis Trueba Lara (JLTL).

otro, el que tiene barbas de profeta bíblico, es don Venustiano Carranza, quien —a la menor provocación— dictaba una ley fundamental para el futuro de México.

Y lo mismo pasa cuando imaginamos al pueblo que se levantó en armas, a los “revolucionados” que supuestamente acabaron metidos en “la bola” por puritito ardor patriótico. Solemos pensarlos de forma singular: todos vestidos de manta blanquísima, con sus sombreroes, con sus cananas en el pecho, la mayoría bigotudos, y sus mujeres sin perder la oportunidad para posar de adelitas. Ellos, al igual que don Benito, son héroes inmaculados que parecen estar listos para pasar a la historia, y su apariencia, sin duda alguna, les otorga la forma que tiene el pueblo de a de veras. Los revolucionados son tan heroicos que nunca pensamos en ellos como personificaciones de la desgracia, como los protagonistas de los saqueos, los fusilamientos, los ahorcamientos y las acciones siniestras. Ellos también son puro bronce cubierto de manta y con un sombrero en la cabeza.

El problema de estas imágenes —como seguramente ya lo supones— es que no nos dejan ver a las personas tal y como eran, y mucho menos nos dan chance de entender cómo vivió la gente durante los años de la Revolución. Un par de asuntos en los que vale la pena detenerse un ratín.

La gente y la bola

Para la gran mayoría de los mexicanos que vivió en la época de la Revolución, la bola no estaba marcada por el heroísmo, por las ansias de crear una patria a la altura de sus sueños más chipocludos o por las ganas de vivir en un país que

después de las balaceras se convertiría en una sucursal del Paraíso, no... La mayoría la pasó mal, muy mal.

Durante un momento, te invito a que te saques de la cabeza las imágenes de los suplantadores y pienses en las personas comunes y corrientes que eran, como tú y como yo. Ahora imagina que vives en aquellos años: el miedo a la muerte siempre estaría metido en tu cuerpo. Si fueras un ranchero, la posibilidad de que llegaran los revolucionados y quemaran tu casa no sería poca cosa, pero esto no sería lo peor, tus siembras y tu ganado tampoco tendrían un mejor destino: los alzados seguramente los devorarían como si fueran una plaga de langostas y tú te quedarías más pobre y hambreado que una rata vieja. Si en un arrebato de coraje trataras de detenerlos, lo más probable es que terminarás colgado de un árbol o delante de un pelotón que te fusilaría sin miramientos. Ésos eran los castigos más comunes para las personas que se oponían a "la causa". Pero si, en cambio, se te ocurriera agachar las orejas y meter la cola entre las patas para dejarlos hacer lo que se les pegara la gana, tampoco estarías a salvo. Probablemente te obligarían a sumarte a sus tropas y de seguro terminarías muerto en la siguiente balacera. Y, como ya te lo imaginas, la vida para las mujeres de tu familia tampoco estaría segura. Si no se escondían a tiempo, los alzados podían violarlas o "robárselas" —raptarlas es más preciso— para que se transformaran en adelitas que no la pasaban nada bien entre tanto macho.

Así pues, para acabar pronto, lo más sensato que podrías hacer era huir y largarte a la ciudad más cercana para tratar de salvar el pellejo.

Sin embargo, la vida no era mejor en las ciudades. Tanto los que se quedaban sitiados en ellas como los que llegaban

huyendo de las matazones la pasaban del perro: el hambre era terrible y en más de una ocasión los ciudadanos tuvieron que comer lo inimaginable. Un ejemplo no está de más: en sus memorias, Juan O'Gorman cuenta que a él y a su hermano Edmundo no les quedó más remedio que comerse los burros que se morían en las balaceras, y que su papá se puso a cazar gatos para servírselos en el desayuno. A pesar de estas proteínas y los nuevos platillos —como el fricase de gato—, los gruñidos de la panza de los ciudadanos no se quedaron tranquilos. El hambre era dura, y en no pocas ocasiones la gente asaltó y saqueó todos los comercios que pudo para tener algo que llevarse a la boca. Tienes razón, si en el campo las cosas estaban color de hormiga, en las ciudades no estaban mejor.

Para colmo de las desgracias, cuando los revolucionados o revolucionarios tomaban una ciudad, era común que llevaran a cabo sus propios saqueos, que fusilaran o ahorcaran a sus enemigos —reales o imaginarios— y que ocurrieran algunas parrandas siniestras. Justo como sucedió en Tequila, Jalisco, cuando fue tomada por los alzados: se bebieron todo el aguardiente que pudieron. Eso sí, muchos lo mezclaron con refresco de canica —conocido así porque aún no existían ni las corcholatas ni las famosísimas taparoscas, por lo cual las botellas se tapaban con una canica— para tener un coctel al último grito de la moda. Cuentan algunos que, lo poquito que sobró, se lo llevaron para alegrarse el camino.

Y bueno, nada más nos falta la cereza del pastel de las desgracias: las enfermedades y las epidemias que asolaron al país mientras la balacera estaba a todo lo que daba. Como resultado de la bola, el hambre, la miseria, la suciedad y el hacinamiento hicieron de las suyas: entre 1911 y 1917,

el tifo se cargó a muchos capitalinos y a no pocos provincianos; exactamente lo mismo ocurrió con otros males, como la gripe española que, según algunos, causó más muertes que las batallas de los revolucionarios. Es decir, si la guerra no te había alcanzado, no tenías buenas razones para pensar que estabas a salvo, pues las enfermedades podían caer-te encima y darte *matarili*.

La lección es clara: la Revolución —como todas las guerras— fue una desgracia para muchísimos mexicanos que ni la debían ni la temían; incluso, para gran parte de los que andaban metidos en el jelengue, tampoco terminó bien: la muerte, las heridas y las secuelas son una buena razón para pensar que los juanes y las Adelitas también pagaron su cuota de sufrimiento.

Por estas razones, cuando se acabó la balacera, los triunfadores tuvieron que enfrentar un grave problema: ¿cómo convencer a los mexicanos de que las matazones habían servido para algo, si la mayoría ya estaba hasta el mismísimo gorro de tiros, saqueos, fusilamientos y horrores? Por esto, no resulta extraño que la Revolución tuviera que inventarse un pasado glorioso y un futuro promisorio: los muralistas —como Diego Rivera y compañía—, los autores que escribieron sobre ella —aunque fueron mal leídos y peor comprendidos— y el resto de artistas y creadores terminaron por convertirla en puritito bronce; en un gran drama donde las tragedias se justificaban en medida que servían para construir una sucursal del Paraíso. Incluso, en muchas obras, se creó una leyenda sobre los meros meros de la bola y sobre las cosas que pasaron en ella; no en vano, la mayoría de los corridos que conocemos se la pasa hablando de heroísmo, batallas formidables y hechos que merecen monumentos.

Los muy muy y la bola

Si miramos con calma los retratos de los revolucionarios más chichos, luego luego empiezan los problemas: si todos los héroes del movimiento sólo luchaban por el bien de la patria y por crear un país que estaba a la altura de los sueños más exaltados, ¿por qué razón terminaron matándose entre ellos? A Venustiano Carranza no le cayó nada mal el asesinato de Emiliano Zapata, mientras que a Álvaro Obregón tampoco le vinieron mal los asesinatos de Carranza y de Francisco Villa. No hay duda: los líderes revolucionarios se odiaban y no dudaron en tomar las armas en contra de sus rivales. La bola, al final, fue un movimiento de todos contra todos y los grandes triunfadores fueron los caudillos sonorenses. Ellos fueron los sobrevivientes y, cuando las cosas parecían haberse calmado, tampoco se tentaron el corazón para traicionarse y matarse con singular alegría: el mismo Obregón terminó muerto a balazos durante una comida en el sur de la Ciudad de México, mientras que muchos de sus antiguos cuates terminaron en el paredón o viviendo en el exilio.

Las rivalidades entre los meros meros no eran casuales: las diferencias políticas, los rencores acumulados, las ansias de sentarse en la silla presidencial y, por supuesto, el deseo de ser los únicos que se quedaran con todo el pastel, eran razones suficientes para enfrentarse a sus rivales. Por este motivo, tendríamos que pensar que la Revolución, en realidad, fue en sí muchas revoluciones o guerras civiles que terminaron chocando: los maderistas, los villistas, los zapatistas, los carrancistas y los obregonistas no eran tan amigos como los pintan.